



H. Rafael, autor.

Judith.



JUDITH.

Momentos hay supremos, que la razón no se atreve á preveer, y en los cuales el alma, haciéndose superior á sí misma, puede en efecto todo lo que cree poder.

(Lebrun).

LAS circunstancias no hacen al hombre, es una verdad; pero ellas le dan á conocer, exigiendo de él todo lo que puede dar. Seméjantes á una nube de tempestad que al contacto de una punta metálica hace estallar en chispas de fuego y en tortuosos y prolongados giros la electricidad que hasta entonces llevaba en su seno sin rayos y sin estrépito, llevamos en nosotros ciertas facultades, cuya completa energía no se despliega ni pone en juego, y que se ejercitan pacíficamente y sin ruido en los deberes que nos imponen la sociedad y la familia. Mas cuando los sucesos que rodean al hombre toman un carácter grandioso y extraordinario, y turbado el curso uniforme de sus días, hieren su sensibilidad con inusitado espectáculo, agitanse sus potencias, su alma se exalta, la suerte misma de sus empresas, le anima, le encumbra, los peligros le hacen un hé-

roé, se levanta grande del seno de la desgracia. Las cosas mismas, los sucesos parecen iluminar su genio y revelarle la plenitud de sus fuerzas, traspasando de improviso las habituales proporciones de su naturaleza, doma, encadena, dá direccion á los acontecimientos, ó si sucumbe delante de ellos, sepulta su ciega victoria en el esplendor inmortal de su valor; haciéndose igual á los sucesos que logra someter, y superior á los sucesos que no ha podido desviar.

A la voz de la religion ó de la patria amenazada sobre todo es á lo que el hombre siente sus entrañas estremecerse y abrirse su corazon á generosas inspiraciones. En la guerra especialmente, en la cual todos los intereses están implicados con la vida, es donde las fuerzas latentes del hombre se desplagan de un modo mas magnifico, y en donde es mas capaz de esos golpes supremos de audacia y de sacrificio que producen los trofeos del triunfo. La muger misma siente tambien este belicoso entusiasmo, que arrancándola de las habitudes de su sexo, arma su debilidad de toda la intrepidez del mas varonil esfuerzo. Tal se mostró Judith, muger verdaderamente fuerte, que puso en fuga un ejército, y libró su ciudad natal de las calamidades de un sitio, y de los horrores de un saqueo. Preparada por el ayuno y por la oracion, y poniendo una firme confianza en Dios que protege las almas rectas, osó afrontar la insolencia de los batallones enemigos. Resuelta y prudente al mismo tiempo, no flaqueó su corazon en el momento del peligro, y su virtud quedó sin tacha. Así su nombre, que la religion pronuncia con respeto, brilla con el fulgor de una popularidad gloriosa.

Los monarcas asirios son citados en la Escritura por su orgullo. Uno de ellos, conocido en la historia bajo el nombre de Saosduschin, que reinaba en Babilonia poco despues de la grande cautividad de los judios, quiso someter á su dominio todos los pueblos del Asia, y destruir sus templos y sus altares, para hacerse proclamar dios. Cometió la ejecucion de sus designios á Holofernes, general en jefe de sus tropas. Partió éste con un ejército formidable: el terror marchaba delante de él. Consternadas las poblaciones por donde habia de pasar, le recibian con coronas y al son de instrumentos como para regocijarse de sus victorias, pero así como no le detenian las resistencias, las sumisiones le hallaban inflexible: arrastró al través de veinte provincias el incendio y el pillaje. Los israelitas probaron defenderse: apoderáronse de las alturas ó cimas de las montañas que dominan los desfiladeros por donde podia ser mas fácilmente tomada Jerusalem, enviaron gente á toda la frontera de Samaria hasta Jericó, cercaron de muros sus aldeas, almacenaron granos, é hicieron todos los preparativos para una tenaz y general resistencia.

Toda esta actividad desplegó el sumo sacerdote Eliacim, que estaba al frente del pueblo de Israel. Pero no olvidaron tampoco el recurrir á los ejercicios de la religion que pudiesen aplacar el cielo, y atraer sobre ellos el auxilio de una eficaz proteccion. Todo el pueblo clamó al Señor con fervientes súplicas, se cubrieron con el cilicio, se mortificaron con el ayuno y con las privaciones. El sumo sacerdote animaba con su presencia aquellos actos de compuncion y penitencia, no descuidando de otra parte los medios de defensa, y procuraba dar aliento á los ánimos decaídos y esforzar á los valerosos. "Acordaos de Moisés, les decia, el cual no venció con las armas, sino con la oracion, á los amaleticas que confiaban en su fuerza y en su poder, y en sus ejércitos, y en sus carros y caballos. Lo mismo sucederá con todos los enemigos de Israel, si perseverareis como habeis comenzado."

Admirado y furioso Holofernes, preguntó cuál era el pueblo que osaba esperarle con las armas en la mano, y el único entre todos los pueblos de la parte de Oriente que habia menospreciado su poder y no le habia salido al encuentro para ofrecerle su amistad. Aquior, jefe de los ammonitas, que servian ya bajo las órdenes del conquistador, respondió que los israelitas serian fácilmente vencidos si habian hecho traicion á su Dios; pero que si le habian permanecido fieles, no se les podria atacar sin ser despues el escarnio de la tierra. Para ello compendió delante del jefe asirio la historia del pueblo de Dios, su origen y engrandecimiento, su partida de Egipto, la sumersion de Faraon y de su ejército en el Mar Rojo, los prodigios del Desierto, sus victorias sobre los reyes vecinos, y sus derrotas cuando se apartaron de Dios. Aquellas palabras empero que hacian depender los sucesos de la guerra de una fuerza enteramente distinta del valor y del genio de Holofernes, hirieron vivamente su natural fiereza; los magnates que le rodearon dieron muestras de viva indignacion contra el que tan ingenuamente le hablaba: "¿Quién es éste, decian, que se atreve á proférer que á nuestro rey y á sus ejércitos pueden hacer frente los hijos de Israel, unos hombres sin armas, y sin valor ni pericia en el arte militar?" El feroz caudillo mientras estaba meditando el modo de castigarlos, para manifestar mejor la confianza que en sus armas tenia, dió orden de conducir á Aquior hácia Betulia, en donde se habian encerrado los israelitas, y prometió volverle á encontrar allí un día, y hacerle espilar la franqueza de su lenguaje. "Ya que ja has echado de profeta, le dijo, diciéndonos que el pueblo de Israel es defendido por su Dios, para hacerte ver que no hay mas dios que nuestro rey, tú vas á ser agregado á aquel pueblo, para que, cuando mi espada les hubiere dado á todos el castigo merecido, caigas traspasado por el

cuchillo del asirio entre los heridos de Israel, y seas envuelto en la venganza."

Los betulianos, en una salida que hicieron, dejáronse caer sobre las tropas de Holofernes, las cuales tomaron la fuga despues de haber atado de piés y manos á un árbol á Aquior. Pero desatándole los hijos de Israel, condujeron aquel infortunado príncipe á Betulia, y puesto en medio del pueblo, fué preguntado por qué de aquel modo lo habían tratado los asirios. Refirió Aquior todo lo que le habia pasado con Holofernes, y el castigo que éste le habia dado y el que esperaba darle porque habia hablado sin rebozo. Gran consternacion y luto causaron en Betulia las esperanzas crueles de Holofernes; el llanto era universal, y las oraciones al Señor eran incesantes. Y creció de punto el sobresalto y el terror cuando en la mañana siguiente se vió al general asirio venir con todas sus tropas contra la ciudad. Ciento y veinte mil soldados de infantería y veinte dos mil de caballería componian el ejército sitiador, sin contar pos que el caudillo asirio habia hecho alistar de entre los cautivos, y toda la juventud que se habia llevado por fuerza de las provincias y ciudades. Toda aquella muchedumbre, dispuesta á entrar en batalla, habia avanzado por la ladera del monte hasta la altura que domina sobre Dothain, desde el lugar llamado Belma hasta Quelmon, situado en frente de Estelon. Cuando los hijos de Israel divisaron aquel inmenso gentío, postráronse en tierra, echando ceniza sobre sus cabezas y rogando á una voz al Dios de Israel que mostrase su misericordia para con su pueblo. Y tomando las armas se apostaron en las alturas que dominaban la entrada á la ciudad, que formaba un estrecho sendero en medio de los montes vigilando de día y de noche. Holofernes por su parte, despues de haberse informado de los alrededores, en lugar de combatir, resolvió forzar á los habitantes á rendirse ó á morir de sed: mandó cortar un acueducto por donde recibian éstos las aguas de lo esterio, pues Betulia estaba situada sobre una altura, y á pesar de las disposiciones del sitiador, quedaban á poca distancia de los muros algunos pequeños manantiales de donde los sitiados iban á sacar á escondidas un poco de agua, mas bien para aliviar la sed que para apagarla. Pero presto les fué quitado este último recurso, pues á instigacion de los ammonitas y de los moabitas, apostó Holofernes cien hombres de guardia al rededor de cada manantial; los sitiados se sostuvieron aun veinte dias, pero pasado éstos, llegaron á agotarse todas las cisternas y depósitos de agua de Bethulia, por manera que no quedó en la ciudad agua bastante para saciar la sed de un solo día. En tan estremado apuro, todos los sitiados, hombres, mugeres y niños acudieron á tropel á Ozias, que habia organizado y sostenia y

alentaba la resistencia: y reducidos á ser victimas de la sed y de la miseria, pidiéronle á grandes voces el que se rindiesen á discrecion, "porque mas vale vivir cautivos, decian, y bendicir al Señor, que morir y ser el oprobio de todo el mundo, despues de haber visto espirar á nuestros ojos nuestras esposas y nuestros hijos." Mezclaron sus súplicas con llantos y alaridos, con grandes gritos de misericordia hácia Dios, y no cesaron sus lamentos hasta que se sintieron fatigados de clamar y llorar. Viendo Ozias aquella desconsolada multitud, levantóse bañado en lágrimas y dijo: "Tened buen ánimo, hermanos míos, y esperemos por cinco dias mas la misericordia del Señor, que quizás aplacará su enojo y hará brillar la gloria de su nombre. Mas si pasados estos no viene ningun socorro, haremos lo que habeis dicho."

Estas palabras de Ozias fueron reportadas á Judith, hija de Merari, de la tribu de Simeon. Judith era viuda de tres años y medio. Su marido se llamaba Manasés, que murió de un calor en la cabeza, herido por los rayos del sol mientras iba dando priesa á los que trabajaban en la siega de sus granos; y dejó todas sus riquezas, que eran considerables, sus servidoras y sus ganados á Judith, cuya belleza era aún mayor que su opulencia. Muger dotada de un corazon noble y magnánimo, todas sus fiejes afecciones quedaron en el sepulcro de aquel que habia una vez sido su objeto; modelo de lealtad conyugal, y de una viudez generosa, que alimentando el alma con los gratos recuerdos de la persona que se amó, sabe vivir de ellos solo, mezclando su constante y tranquilo dolor con las memorias del cielo. Judith, desde que habia quedado viuda, no tenia otras delicias que las de la religion. En lo mas elevado de su casa se habia hecho construir una habitacion separada, en cuyo retiro vivia con su sirvienta: llevaba un grosero cilicio, ó saco de penitencia, señal de su inconsolable dolor, y ayunaba casi todos los dias. Esta conducta, inspirada por piadosos sentimientos, le habia conciliado la estimacion general, y ni una palabra de disfavor habia nunca marchitado el terso brillo de su reputacion, este frágil pero hermoso ornamento de las jóvenes viudas. Tal era Judith en Betulia.

Luego que supo esta muger magnánima por medio de sus conciudadanos que Ozias habia prometido dentro cinco dias entregar la ciudad, envió á buscar á los ancianos del pueblo, y les dijo: "¿Qué demanda es esa, en que ha consentido Ozias, de entregar la ciudad á los asirios, si dentro de cinco dias no os viene socorro? ¿Y quién sois vosotros para tentar así al Señor? Medio es este, no para atraer su misericordia, sino mas bien para provocar su ira y encender su furor. Vosotros habeis fijado un plazo á las piedades del Señor, y le habeis señalado día, confor-

me á vuestro arbitrio. Pero pues que el Señor es sufrido, arrepintámonos de esta falta, que acabamos de cometer, y bañados en lágrimas, imploremos su misericordia. No son las amenazas de Dios como las de los hombres. . . . y consideremos que los azotes con que el Señor nos castiga como á sus esclavos, nos han venido para corregirnos y no para perdernos." Aquella ilustre muger, con aquella superior inteligencia de las cosas que viene de la fé, recordaba muy oportunamente las doctrinas visiblemente marcadas en toda la historia de los judíos, y que deben presidir á la vida de todos los hombres; esto es, de una parte que las calamidades aparecen en el mundo como la punición de delitos anteriores, de los cuales ó somos personalmente culpables, ó simplemente cómplices, y que en todo caso son una prueba que se trata de sobrellevar con resignación y de hacer servir en provecho nuestro; y de otra parte, que no debemos presumir demasiado de la prudencia humana, ni excluir á Dios de nuestros consejos, pues sea como fuere, él nos ha hecho libres para obedecer con gloria y no para resistir con orgullo; para comprender y ejecutar sus designios, y no para combatirlos ni para subsistir á ellos los nuestros propios.

A esto, pues, respondieron Ozias y los ancianos del pueblo: "Mucha verdad es todo lo que has dicho, y tus razones no tienen réplica. Ruega pues ahora por nosotros, puesto que eres una muger santa y temerosa de Dios." Y replicó Judith: "Así como conocéis ser de Dios lo que acabo de decir, así sabéis también por experiencia si viene de él lo que tengo resuelto ejecutar, y rogadle para que me ratifique en mi designio. Esta noche estareis vosotros en la puerta de la ciudad, y yo saldré fuera con mi doncella; y orad al Señor á fin de que dentro de los cinco días que dijisteis, arroje una mirada de clemencia y de protección hácia su pueblo de Israel. No quiero que me preguntéis sobre lo que intento hacer, y hasta que venga yo á noticiároslo, que no se haga otra cosa que rogar por mí á Nuestro Señor Dios." "Vete en paz, le dijo Ozias, príncipe de Judá, y el Señor sea contigo para vengarnos de nuestros enemigos." Y se marchó, seguido de los ancianos del pueblo.

Retirados éstos, Judith entró en su retrete, que era su oratorio, y vistiéndose de cilicio, esparció ceniza sobre su cabeza, y postrada delante de Dios, recordando la venganza que su abuelo Simeon había tomado en otro tiempo del ultraje hecho á Dina, exclamó: "Señor Dios de mi padre Simeon, en cuya mano pusiste la espada para castigar á unos estranjeros, profanadores impuros de la gloria de una virgen, que entregasteis sus mugeres como un botín de guerra, sus hijas al cautiverio, y sus despojos á ser repartidos entre sus servidores que arrieron en celo por tu

honor, asiste te suplico, ¡oh Dios mio! á una viuda desolada. Puesto que eres tú el que obraste las antiguas maravillas, y el que tienes resuelto obrar otras despues, y que todo pende de tu voluntad: ya que preparados están tus caminos, y tus juicios tienen su fundamento en tu inefable providencia, vuelve ahora la vista sobre el campamento de los asirios, como en otro tiempo te dignaste volver al de los egipcios, cuando estos corrían armados en pos de tus siervos, confiados en sus carros, en su caballería y en la muchedumbre de sus guerreros, tendiste la vista sobre su campo, y quedaron envueltos en las tinieblas, el abismo detuvo sus pasos, y las aguas los devoraron. Así suceda con estos, Señor, que ponen la confianza en su gran número, que se pavonean en sus carros y sus picas, y en sus escudos y en sus lanzas; y no conocen que eres Nuestro Dios, tú, que desde el principio de los tiempos disipas las legiones, y tienes por nombre el Señor. Levanta tu brazo, como ya otra vez hiciste, y con tu poder destruye su poder: caiga al golpe de tu indignación la fuerza de los que presumen violar tu santuario, y profanar el tabernáculo dedicado á tu santo nombre, y derribar la majestad de tu altar augusto."

E indicando despues el ardor de que ella pensaba valerse contra Holofernes, añadió: "Haz, Señor, que la cabeza de ese soberbio caiga cortada con su propio alfange; que al verme quede prendido por sus propios ojos, como en un lazo: hiérole tú con el encanto de mis palabras: infunde en mi corazón constancia para despreciarle, y valor para destruirle. Derribado quede por la mano de una muger, y sea esta la gloria de tu santo nombre. Que no consiste, Señor, tu poder en el número de los escuadrones, ni te places en la fuerza de los caballos, ni han sido nunca de tu agrado los soberbios, y solo has recibido con gusto las súplicas de los que te ruegan con humildad y mansedumbre. ¡Oh Dios de los cielos, Criador de las aguas y Señor de todo lo criado! escucha á esta débil mortal que te invoca, y que lo espera todo de tu misericordia. Acuédate, Señor, de tu alianza, y pon tú mismo las palabras sobre mis labios: fortifica mi corazón en esta empresa, á fin de que tu nombre se mantenga siempre immaculado para tu culto, y reconozcan todos los pueblos de la tierra que tú eres el verdadero Dios, y que no hay otro fuera de tí."

El designio de Judith, como ya se desprende de sus mismas palabras, era el de inspirar alguna pasión á Holofernes, y de aprovecharse, para perderle, de la loca confianza que sin duda la concedería: juntábanse en su pensamiento el patriotismo y la religion, para aconsejarle el librar á la tierra del yugo opresor de un enemigo cruel: se puede muy bien decir que Dios robustecia este proyecto en el corazón de aquella hembra intrépida; y así es un caso excepcional, que no puede servir de norma para el

proceder ordinario de la vida, y por lo común son muy otras las sendas que conducen á tan glorioso término. Pudo muy bien Judith ver delineada en rasgos de fuego dentro de su conciencia la vocacion especial á la que la llamaba el cielo, y buscar en ideas demasiado humanas y preferir por error medios desgraciados para llenarla. No hay duda que el patriotismo tiene su exaltacion, estratagemas la guerra; pero la moral tiene tambien sus derechos, y la religion sus preceptos: es permitido callar secretos, pero está prohibido el engañar por espresos embustes. Llamar á su socorro peligrosos atractivos, y arrostrar en sí y hacer correr á otros los percances de un mal probable, es lo que la razon reprueba y lo que Dios prohibe. Si nos es, pues, posible aplandir en todas sus partes las súplicas de Judith, fuerza es reconocer, no obstante, las buenas intenciones que la animan, los generosos sentimientos que despliega, y los movimientos de ardiente fé y de varonil corage que brillan en sus invocaciones magníficas. Por lo demas, el hombre marcará siempre hasta el bien que obra con el sello de su propia y original imperfeccion: mas Dios hará tambien resplandecer siempre su fuerza y su santidad al través de la flaqueza y de la iniquidad de nuestras obras.

Despues de haber así preparado su alma, Judith se levantó del lugar en que estaba prosternada delante del Señor, bajó á su habitacion, llamó á su doncella, quitóse el cicilio, dejó su lúgubre trage de viuda, lavó su cuerpo y ungióse con preciosos unguentos, repartió en trenzas el cabello de su cabeza, que adornó rica y graciosamente. Atavióse con sus vestidos de gala, calzóse sus sandalias, y púsose los brazaletes, los pendientes, collar y otras sortijas de esplendidez deslumbradora, pues tal era el trage y las joyas que habia llevado en los dias de su antigua felicidad. A este atavío magnífico daba aún mayor realce una belleza sobrenatural que Dios hacia brillar en su rostro; pues Dios, que penetraba en el corazon de su sierva, y veía que la virtud sola y no una vana complacencia de satisfacer una pasion regulaba sus acciones, añadió á la gracia natural de su persona, una superior hermosura, para que apareciese á los ojos de todos con una brillantez incomparable. Sin duda que Dios favorecia así los designios de la heroína, que queria proteger el templo contra los insultos de sus enemigos y arrancar á sus conciudadanos de la opresion y del peligro de la idolatria. ¿No parece de otra parte, que en las grandes pasiones, el alma sale de sí misma, por decirlo así, como una reina que viene á dar órdenes á sus servidores, y aparece sobre la fisonomía, iluminándola con un rayo de su propia majestad?

Entretanto Judith salió acompañada de su doncella. Para no verse obligada á alimentarse de viandas prohibidas durante los dias que pasa-

se en medio de los enemigos, hizo llevar por su criada algunas provisiones de aceite, queso, harina, higos, pan, y una botella de vino. Al llegar á las puertas de la ciudad, halló á Ozias y á los ancianos del pueblo que la estaban aguardando. Al verla, quedaron deslumbrados por su hermosura, no cansándose de admirar lo noble y bello de su persona. Pero sin preguntarle palabra, la dejaron pasar, diciendo solamente: "El Dios de nuestros padres te dé su gracia, y con su virtud esfuerce los designios de tu corazon, para que Jerusalem se glorie en tí, y sea colocado tu nombre en el número de los santos y justos." Y todos los que estaban allí presentes apoyaron este patriótico voto exclamando á una voz: "¡Así sea! ¡Así sea!"

Judith, pues, salió fuera de las puertas de la ciudad con la plegaria en los labios, y seguida de su criada. Al despuntar el dia, como ella descendiese de la montaña, las guardias avanzadas de los asirios le salieron al encuentro, y deteniéndola le dijeron: "¿De dónde vienes, y á dónde vas?" Y respondió ella. "Soy una de las hijas de los hebreos, y he huído de ellos porque preveo que han de ser presa de vuestras manos, pues os han despreciado, y no han querido entregarse voluntariamente para ser tratados por vosotros con misericordia. Y por esto he pensado y dicho para mí: Iré á presentarme al príncipe Holofernes para descubrirle los secretos de los hebreos, y darle un medio para sorprenderlos sin que perezca un solo hombre de su ejército." Los soldados contemplaban atónitos aquella jóven tráfuga, en la cual la gracia de las palabras y de las maneras cesdía aun á la belleza y al brillo de los adornos. Y pintándose en sus semblantes el pismo de que se hallaban poseídos, le dijeron: "Has salvado tu vida con este designio de venir á presentarte á nuestro príncipe y señor, pues ten por cierto que al parecer delante de él te tratará bien y ganará su corazon." Condujéronla, pues, al pabellon de Holofernes declarándole quién era. Entró ella, el general quedó deslumbrado y vencido, y los oficiales decian: "¿Quién menospreciará el pueblo de los hebreos, teniendo como tienen mugeres tan bellas? ¿Y no merecen éstas que hagamos la guerra contra ellos para adquirirlas?" Holofernes estaba sentado bajo un dosel de púrpura bordado de oro, y decorado con esmeraldas y otras piedras preciosas. Judith arrojó una mirada sobre el gefe asirio y se postró hasta la tierra en señal de respeto, mas los criados de Holofernes la levantaron por mandato de su señor.

Sin duda que la audacia de sus resoluciones, los pensamientos terribles que nutria en su corazon, la novedad del espectáculo que á su vista se presentaba, aquella especie de fiebre que en las grandes circunstancias

afecta los miembros con agitaciones convulsivas, como si estos fuesen harto débiles para seguir los arranques del alma y sostener el peso del entusiasmo: quizás tambien un resto de pavor de que dificilmente puede librarse una muger en medio de tan trágicas premeditaciones, todo esto junto inspiró á Judith una turbacion, á lo menos aparente, pues que Holofernes le dirigió palabras para alentarla antes de preguntarle el motivo de su fuga. “Cobra aliento, y destierra de tu corazon todo temor, pues nunca he tratado mal á nadie que haya querido someterse á nuestro rey. Y si tu pueblo no me hubiese despreciado, no hubiera contra él empuñado mi lanza. Mas dime ahora: ¿Por qué causa los has abandonado á ellos y resuelto á venirte entre nosotros?” La artificiosa Judith respondió así: “Atiende á las palabras de tu sierva, porque si siguieres los consejos de tu esclava, el Señor dará cumplimiento á tu empresa. . . . La prudencia de tu espíritu es celebrada entre todas las naciones, y todo el mundo sabe que tú solo eres el mejor y mas poderoso personaje de su reino, y en todas las provincias no se habla mas que de tu pericia militar. No se ignora lo que hablé Aquior, ni menos lo que tú has dispuesto acerca de su persona. Nuestro Dios está tan indignado por nuestras maldades, que ha enviado á decir al pueblo por medio de sus profetas, que le abandona en pena de sus pecados. Y como los hijos de Israel saben que tienen ofendido á su Dios, están temblando de ti. El hambre ademas los acosa y están ya casi muertos de sed: por lo cual han resuelto matar sus bestias para beberse la sangre, y hacer servir para su uso el trigo, el vino y el aceite, objetos consagrados al Señor, y que, lejos de poder consumirlos, ni aun tocar pueden con las manos. Y siendo tal su proceder, no hay duda que serán abandonados de Dios y que perecerán. Penetrada, pues, yo, sierva tuya, de esta verdad, huí de ellos, y el Señor me ha mandado darte aviso de todo lo dicho; pues esta tu sierva adora á Dios ahora que está en tu poder. Saldré, pues, fuera á hacer oracion al Señor; el cual me dirá la hora de su venganza, y yo te lo vendré á anunciar, por manera que yo misma te conduciré por medio de Jerusalem, y verás en tu presencia á todo el pueblo de Israel como ovejas sin pastor, sin que ni un perro siquiera ladre contra tí: todo esto me ha sido revelado por Dios, el cual me ha enviado para darte de ello conocimiento.”

El éxito confirmó estas palabras en el sentido que les daba Judith en su interior, pero no en el sentido que naturalmente presentan. Esta arena merece ser considerada atentamente. Judith reconoce á la presencia del primar esclavo de Nabuco la omnipotencia y supremacia del Dios de Israel, y no hay una sola palabra que desmienta la religiosidad de la que habla. Preciso era temperar esta proclamacion solemne de la divinidad

de Jehová, con alguna lisonja al poder y pericia del general asirio, y con una verdadera pintura de la apurada situacion de los sitiados. Y aun cuando nos parece algo dificil el eximir esta aronga de todo reproche de ficcion y de mentira, aun cuando no quiera verse en ciertas expresiones sino una pura ironia, y se reconozca en otras una alusion profética, pues tales restricciones mentales escuden, en nuestro concepto, los limites forzosos del recto pensar y respiran la doblez: con todo, pueden admirarse las virtudes de Judith, sin por esto llamarla impecable; y creemos que su casta viudez, su sentimiento de sincera religion y su patriotismo magnánimo la hacen asaz rica de gloria real, para que deje de tributársele un justo homenaje de espontáneas alabanzas. Lejos estamos por esto de vituperar en nada la memoria de tan noble matrona: creemos únicamente que sus palabras anfibológicas, á pesar de no lesionar en lo mas minimo la gloria de Dios y de sus soberanos atributos, fueron materialmente una falta, en la comun acepcion de esta palabra, y que por este punto no es imitable. Y por último, que le arrojen la primera piedra los que tengan un corazon mas grande que ella, los que hayan servido mejor á su patria y ofendido menos á Dios!

Complació en extremo á Holofernes y á todos sus oficiales el discurso de Judith, porque Holofernes era débil contra la adulacion, como la mayor parte de los hombres vestidos de un poder cualquiera, y porque sus oficiales se conformaban con su pensamiento, como todos aquellos que hacen de la obediencia un negocio y no una virtud. Todos, capitanes y soldados, admiraban la sabiduría de Judith, y se decian el uno al otro: “No hay en el mundo una muger como esta, ni por la hermosura de su rostro ni por la discrecion en el hablar.” Y dirijiéndose á ella Holofernes le dijo: “Dios nos ha favorecido enviándote delante de este pueblo para que lo pongas en nuestras manos. Y tu promesa es de tan buen agüero, que si tu Dios la cumple será tambien mi Dios, y tu serás grande en la casa de Nabucodonosor, y tu nombre resonará y será celebrado por toda la tierra.” Puede creerse sin temor de errar que por parte de Holofernes esta promesa de abrazar la religion judía, tenia por objeto el quitar los escrúpulos que pudiera á no tardar oponerle la piedad de Judith.

Entretanto Holofernes dió orden á sus criados de conducir á la transfuga extranjera á la cámara en donde se guardaban sus tesoros, no creyendo, segun la ingénua expresion de un antiguo escritor, poder poner allí una piedra mas preciosas; y quiso tambien que recibiese de su propia mesa lo que ella apeteciera. Judith dió á conocerle que las leyes religiosas de su país no le permitian usar indistintamente de toda especie de manjares, y que ella habia ya traído consigo las provisiones necesarias.

“¿Y cuando lleguen á faltarte las provisiones que has traído, replicó Holofernes, qué se ha de hacer?” “Lo juro por tu vida, señor, contestó la hebrea, que no consumirá tu sierva lo que trae consigo, antes que cumpla Dios por mi medio lo que he pensado.” En seguida los criados del general la acompañaron al alojamiento que habia mandado. Pidió despues permiso de salir fuera por la noche, y antes de amanecer, para ir á hacer su oracion fuera del campo. Consintió en ello Holofernes, dando orden á sus ayudas de cámara para que la dejasen salir y entrar como quisiese durante tres dias, á adorar á su Dios. Salia, pues, las noches al valle de Betulia; y despues de las abluciones religiosas, volvía á su tienda, purificada; permanecia allí hasta que al anoecer tomaba su alimento, y oraba incessantemente al Señor Dios de Israel, que dirijiese sus pasos para lograr la libertad de su pueblo.

En el cuarto dia celebró Holofernes una cena ó convite con sus domésticos. Entonces el despota, viéndose separado de la hebrea, mandó le un recado por su eunuco Vagao, para invitarla á que viniese á cohabitar con él. Holofernes, ya sea por pasion, ya sea por orgullo, no podia diferir por mas tiempo la austera reserva de Judith; y como los voluptuosos magnates del Oriente, no queria tolerar que aquella cautiva voluntaria saliera intacta de sus manos. Nada mas natural que convidarla á su mesa. Judith aceptó con agrado el mensaje. “¿Quién soy yo, contestó al enviado, para que ose contradecir á mi señor!” Y fingiendo tomar la invitacion por una simple muestra de benevolencia, añadió con mucha gracia: “Haré todo cuanto sea de su agrado, pues lo que él gusta será para mí lo mejor en todos los dias de mi vida.” Levantóse, pues; adornóse con todas sus galas, y así ataviada fué á presentarse delante de él. Al verla, el corazon de Holofernes quedó profundamente conmovido, y la pasion impura mal contenida chispeaba por sus ojos. Y le dijo: “Come ahora y bebe alegremente, porque me has cuido en gracia.” Y respondió ella: “Beberé, señor, porque recibe mi alma en este dia mayor gloria que en todos los demas de mi vida.” En efecto, tomó en seguida de lo que su doncella le habia dispuesto y comió, y bebió en su presencia. Y Holofernes se tuvo por tan feliz, y tanto reboseó de contento, que bebió vino sin medida, mas de lo que nunca en su vida habia bebido.

Venida la noche, retiráronse los convidados, que presto quedaron sumidos en el sueño de la embriaguez. Vagao cerró la puerta de la cámara, y Judith quedó sola en el gabinete. Holofernes estaba tendido en la cama, durmiendo profundamente á causa de su embriaguez extraordinaria. Judith habia dado orden á su doncella que estuviere fuera de observacion á la puerta de la cámara. Y púsose Judith en pié delante de la ca-

ma, rogando con lágrimas y en silencio, moviendo apenas los labios: “Dame valor, Señor Dios de Israel, pon tu mirada propicia sobre la obra de mis manos, para que sea por tí ensalzada, segun prometiste, tu ciudad de Jerusalem, y ejecute yo lo que me he propuesto hacer con tu asistencia.” Despues de estas palabras, acércase al pilar que estaba á la cabecera de la cama, y desata el alfange que de él colgaba, le saca de su vaina, y tomando á Holofernes por los cabellos: “Señor Dios, dice, sostenedme en este momento.” Y le dá dos golpes en la cerviz, separa la cabeza del cuerpo, y desprendido de los pilares el cortinaje, vuelca al suelo el cadáver hecho un tronco. Sale poco despues, entrega la cabeza de Holofernes á su criada, mandándole que la esconda en el saco en donde habian llevado las provisiones. Y salieronse á fuera las dos segun costumbre, como para ir á la oracion, y atravesando el campamento, y dada la vuelta al valle, llegan á las puertas de Betulia.

Judith desde lejos gritó á los centinelas de la muralla: “Abrid las puertas, porque Dios está con nosotros, y ha obrado un prodigio en Israel.” A la voz de Judith llaman los centinelas á los ancianos del pueblo. Y vinieron corriendo á ella todos, pues ya desesperaban de su vuelta. Y encendieron antorchas, y la rodearon á tropel, y subiendo la heroína en un sitio mas elevado, mandó guardar silencio, y habló así: Alabad al Señor Dios nuestro que no ha desamparado á los que confiaban en él. Y por medio de ésta su esclava, ha hecho ostension de su misericordia prometida á la casa de Israel; y esta noche ha muerto por mi mano al enemigo de su pueblo.” Y mostrando despues á la asamblea el trofeo de su victoria, añadió: “Mirad la cabeza de Holofernes, general del ejército de los asirios, y ved una de las cortinas de su lecho sobre e cual yacia sumido en la embriaguez, y donde Dios Señor nuestro le ha degollado por mano de una muger. El Dios viviente me es testigo, que su ángel me ha aguardado en mi salida y permanecia en el campo y vuelta; ni ha permitido el Señor que su sierva fuese violada, y me ha restituido á vosotros sin mancha, feliz por su triunfo, por mi salud, y por haberos dado libertad. Alabad, pues, al Señor por su bondad y porque su misericordia se estiende á todos los siglos.” Así es como este pueblo religioso lo referia todo á la Providencia, persuadido que ella tiene en sus manos los sucesos de la guerra, que á menudo fija segun el espíritu de nuestras plegarias, el destino de las falanges enemigas, y dá algunas veces á los mas flacos un valor que equivale á ejércitos enteros.

Todos los habitantes de Betulia reconocieron el dedo de Dios en la muerte de Holofernes, y dijeron á Judith: “El Señor ha derramado sobre tí sus bendiciones, comunicándote su poder; pues por medio de tí ha

aniquilado nuestros enemigos." Y Ozias, gefe del pueblo de Israel, añadió: "Bendita eres del Altísimo entre todas las mugeres de la tierra. Bendito sea el Señor, criador del cielo y de la tierra, que dirigió tu mano para cortar la cabeza al caudillo de nuestros enemigos. Hoy ha hecho tan célebre tu nombre, que tus alabanzas no cesarán jamás de publicarse por las generaciones venideras, que conservarán la memoria de los prodigios del Señor, pues no has temido esponer la vida por tu pueblo, al ver sus angustias y tribulaciones, sino que has corrido á prevenir su ruina, delante de Dios." Y todo el pueblo á una voz confirmó y aplaudió tan merecidos elogios.

Llamado despues Aquior, compareció, y dijole Judith: "El Dios de Israel de quien tú reconociste el poder para castigar á sus enemigos acaba de derribar esta noche por mi mano al gefe de todos los infieles. Y para que conozcas la verdad de lo que te digo, ahí tienes la cabeza de Holofernes, que en la insolencia de su orgullo despreciaba al Dios de Israel y te amenazaba de muerte diciendo: "Cuando habré hecho cautivo al pueblo hebreo, te haré atravesar con la espada." Al ver la cabeza de Holofernes, Aquior quedó despavorido, cayó sobre su rostro en tierra, y perdió los sentidos. Pero recobrado luego, volvió en sí, se arrojó á los piés de Judith, y como si la adorase, exclamó: "Bendita eres tú de tu Dios en todos los tabernáculos de Jacob; y el Dios de Israel será glorificado en tí por todos los pueblos hasta donde llegare tu nombre." E ilustrado por este prodigio, abandonó las supersticiones paganas, creyó en Dios, y quedó incorporado á la nacion.

Y continuando Judith su mision libertadora, dijo al pueblo: "Hermanos míos, escuchad lo que voy á deciros. Colgad esta cabeza en lo alto de nuestros muros, y así que asome el sol sobre el horizonte, tome cada uno sus armas, y salid con grande estrépito, no en ademan de esperar al enemigo sino de acometerle. Al momento irán las avanzadas á despertar á su general para el combate. Y cuando los gefes pasando á la tienda de Holofernes, hallarán á éste sin cabeza y revolcado en su propia sangre, quedarán helados de pavor. Cuando, pues, los vieraís huir, corred audazmente á su alcance, porque el Señor los hollará bajo vuestras plantas." En efecto, al despuntar el dia se colgó sobre los muros la cabeza de Holofernes: cogió cada cual sus armas, y salieron fuera con grande tumulto y gritaría. A tal espectáculo, corrieron los centinelas asirios á la tienda de Holofernes, los que estaban allí de guardia y sus servidores, acercándose á la puerta de la cámara, hacian ruido para despertarle, procurando adrede interrumpirle el sueño, á fin de que sin ser llamado se despertase con el ruido, pues nadie osaba llamar á la puer-

ta ni entrar en la cámara del caudillo de los asirios. Pero habiéndose reunido allí los capitanes y tribunos, y todos los oficiales generales del ejército del rey de los asirios, dijeron á los ayudas de cámara de Holofernes: "Entrad y despertadle, pues han salido aquellos ratones de sus agujeros, y se atreven á provocarnos al combate." Entra, pues, uno de sus criados, Vagao se para delante de la cortina, dá algunas palmadas, pues se figuraba que Holofernes estaba durmiendo con la hebrea. Aplica el oído, y no percibiendo el mas leve movimiento, se arrima mas á la cortina, y alzándola un poco, vé el cadáver de Holofernes sin cabeza, y bañado en su propia sangre. A tan inesperado espectáculo arroja un grande grito, prorrumpe en llanto, rasga sus vestiduras, corre á la tienda de Judith, y no hallando á la tráfuga, sale de allí y exclama: "Una sola muger hebrea ha llenado de confusion y de afrenta la casa de Nabucos; pues ved aquí á Holofernes tendido en tierra que ya no es mas que un tronco sin cabeza." A estas terribles palabras, los gefes todos del ejército de los asirios rasgaron sus vestiduras: el pavor heló la sangre de sus venas, temblaban de agitacion y de espanto, y estendióse un terrible clamoreo por todo el campamento.

Cuando supo todo el ejército que Holofernes habia sido decapitado, la consternacion fué general. Indecisos, sin consejo, sin valor, solo al espanto obedecian, no pensando sino en buscar su salvacion en la fuga. Silenciosos, cabizbajos, abandonándolo todo, sin consultar siquiera con el que tenían al lado, dábanse prisa á escapar de las manos de los hebreos, cuya victoriosa gritaría escuchaban ya de cerca, echando á correr en desórden por los campos y collados. Los betulianos descendian en turba innumerable, sonando sus trompetas y dando espantosos gritos: pero marchaban unidos y en buen órden; y como las tropas asirias huían desparramadas y sin concierto, precipitadamente, hicieron de ellos una horrible carnicería. Despues de haberlos rechazado á gran distancia, volvieron á Betulia, conduciendo consigo rebaños numerosos y llevando riquezas inmensas, y por su parte, los que habian quedado en la ciudad, bajaron al campamento para saquearlo, y el botin fué prodigioso. Ozias entretanto hizo saber á todas las ciudades y provincias, la completa derrota de los enemigos, y de todas partes salió armada la juventud mas escojida, persiguiendo á los fugitivos, cuya mayor parte fué pasada al filo de la espada. Así se contuvo esta inundacion ante la audacia de una simple muger. Dios oponé á las ondas poderosas del mar un grano de arena en donde viene á estrellarse y á morir en su furor: envía en los aires llenos de tempestades un viento ligero que dispersa las nubes y restituye á los cielos la serenidad y bonanza.

A todas estas nuevas, el gran sacerdote Joacim pasó de Jerusalem á Betulia con todos los ancianos del pueblo para ver á Judith. La heroína salió á su encuentro, para ofrecerle sus respetos; pero todos á una voz la bendijeron diciendo: "Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel: tú eres el honor de nuestro pueblo, porque te has portado con varonil esfuerzo, y has tenido un corazón magnánimo: tu amor á la pureza no te ha dejado conocer mas que un esposo: por esto la mano de Dios te ha fortificado, y serás bendita para siempre." Y todos los hombres y mugeres, jóvenes y doncellas saltaban de alegría al son de arpas y de músicos instrumentos; pues así como nada iguala en horror y en ferocidad al tumulto de un gran pueblo amotinado para el mal, no hay espectáculo mas grato y consolador que la voz de un gran pueblo penetrado de júbilo y rebosando de contento por el triunfo de la justicia y de la virtud. Entonces la inspirada Judith esplayó su júbilo por este himno de victoria.

Con música armonía
Del címbalo y del tímpano sonoro,
Modulando los tonos en suave
Y dulce melodía,
Nuevos himnos resuena nuestro coro;
Y templando el agudo con el grave,
A Jehová cantemos,
Y su nombre dulcísimo invoquemos,
Loando su excelencia:
A Jehová, que ejércitos deshace.
Su nombre es Jehová, nombre divino
De eterna y pura esencia.
Al que en fijar su campo se complace
En medio de su pueblo, y en él vino
A salvar nuestras vidas de las manos
De enemigos feroces y tiranos.
De la montaña umbria,
Del Aquilon llegó el asirio fiero
En numerosas huestes confiado.
Con su caballería
Ocupaba los valles; y primero
Había mil torrentes agotado
Su inmensa muchedumbre,
Que pudiese empear de la alta cumbre.

Arrasar esperaba
Mi término feraz á sangre y fuego:
Mi tierna juventud á dura muerte
Sobertio condenaba
Con espada cruel; y cual si luego
Lo tuviese en su mano, de esa suerte
Del párvulo hace presa.
Y la virgen vá ya cautiva y presa.
Mas el Omnipotente
Jehová reprimió su altanería,
Y á las manos dispuso que acabara
De una muger valiente.
Y aquel fiero caudillo que regia
Tanto armado escuadron, y descara
Con Titan arrogante
O con feroz y altísimo gigante
En singular batalla
A las manos venir, y con honrosa
Muerte acabar, que á su sepulcro diera
Fama inmortal, se halla
De Judith á los piés, la hija hermosa
De Merari, postrado, que pudiera
A solo su hermosura
Rendido verlo, y darle muerte oscura.
Del traje de viuda
Se despoja, y en gala cambiado,
Como en un día en Israel festivo,
El triste aspecto muda:
Se adereza y arregla su tocado:
Con el adorno aumenta el atractivo
De su semblante bello:
Rizo y lleno de joyas el cabello,
Con nueva vestidura
Sale, á engañar resuelta á aquel tirano.
Llega, la vé, sus ojos arrebatada
La rica bordadura
Del borcegui; lo enciende amor insano.
Se duerme: y ella del tahali desata
Su alfange, y la cabeza
Le corta allí cuando á dormir empieza.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Al persa horrorizado
Y al medo su valor y su constancia
Asombran: el ejército enemigo
Atónito y turbado,
En confuso clamor, con viva instancia
Grita á los gefes, porque vé el castigo
Con que en breves momentos
Los que ayer eran pobres y sedientos
Le amenazan ahora.

A jóvenes imberbes, de doncellas
Tiernas nacidos, temen: de su muerte
La fuga es precursora.
Huyen, los siguen, y entre mil querellas,
Los ostigan y estrechan de tal suerte,
Que ya muertos, ya heridos,
A tu vista, Jehová, caen rendidos.

A Jehová cantemos
Nuevos himnos, al Dios que el alma adora.
Adonai, Señor ¿de tu grandeza
Quién mide los extremos?
¿Quién hay en cuanto el sol calienta y dora,
Que venza á tu virtud y fortaleza?

A tí sirva con pura
Voluntad y placer la criatura,
Cualquiera que ella fuere;
Pues tú dices y sale de la nada
Por tu palabra al sér lo que no era.
Tu espíritu, si quiere,
Todo lo crea: nunca repugnada
Fué tu voz. Tú derrites como cera
Las piedras; y tu acento
Montes mueve y abismos de su asiento.

Tú engrandeces en todo
A la que guía tu temor sincero:
; Mas ay del que se atreva al pueblo mio
A ofender de algun modo!
Porque Jehová castigará severo
Su atrevimiento y su furor impio.
El dia formidable
Serán, de su juicio inexorable

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Por él examinados:
Gusano roedor, inestinguible
Fuego verás de sempiterna llama,
Fruto de sus pecados,
Consumirá sus carnes un horrible
Cruel tormento, y el que no te ama,
Sabrá en aquel infierno
Lo que es pensar y padecer eterno.

Después de la victoria, acudieron de todas partes los judíos á Jerusalem para rendir á Dios acciones de gracias, ofreciendo holocaustos y cumpliendo sus votos y promesas. Pulpitaban sus pechos de alegría á la vista de los santos lugares felizmente preservados de las profanaciones del enemigo. Todas las riquezas que se encontraron en la tienda de Holofernes, oro, plata, vestidos y pedrerías fueron entregadas á Judith, la cual junto con las armas y arneses de aquel feroz caudillo, lo consagró todo al Señor, y lo colocó en el templo por anatema de olvido, en expresión de la Escritura, es decir, como un monumento que debía recordar á la posteridad aquel insigne prodigio de Dios. Entretanto el pueblo se entregaba al regocijo á la vista del Santuario, y por espacio de tres meses se celebró en Judith el gozo de esta victoria.

Judith continuó en habitar en Betulia, gozando del aprecio y de la veneración de todo el pueblo, como la muger mas esclarecida de Israel. Fiel siempre á su antiguo luto, volvió á tomar los hábitos de penitencia y de religion, sin que tantas muestras de gloria con que se veía como adorada, deslumbrasen por un solo momento su corazón tan inaccesible á un nuevo amor, como al orgullo. Dió la libertad á la generosa esclava que la habia seguido al campo de los asirios. Su gloria aumentaba con los años, y cuando en los dias de fiesta aparecía en público era acogida con unánimes respetos. Mantúvose en la casa de su marido hasta los ciento y cinco años, y murió llena de virtudes, y fué sepultada en Betulia, en el sepulcro de su esposo. La nacion entera lloró por espacio de siete dias, haciéndole las mas magníficas exéquias. Durante su vida no hubo quien turbase á Israel, ni después de su muerte en muchos años. Para celebrar su valor y perpetuar el recuerdo de su ilustre victoria, se instituyó una fiesta que se celebró durante largo tiempo en la Judea, cuyo dia era señalado por los hebreos entre los dias santos. En otro tiempo la iglesia de Etiopia hacia memoria de la libertad de Israel procurada por Judith. Los santos padres no han descuidado el elogiar muy oportunamente las altas virtudes de la noble viuda, su vida retirada, silenciosa y pura, su

piedad hácia Dios, á quien servia sin desmentirse un solo instante, su tierno y fiel respeto al recuerdo y á la afección de su marido, su amor á la patria, cuya gloria y libertad salvó tan generosamente. Digno modelo de una viuda cristiana, muger de un claro nacimiento, de una considerable fortuna, brillando en juventud y gentileza, despreció las riquezas, desechó las delicias, bholó las seducciones del placer para llegar á la virtud y teñirse con la celeste aureola que ella proporciona. [5]

El nombre de Judith ha inspirado con frecuencia al arte cristiano, y sería largo el describir y elogiar las obras que reproducen las mas grandiosas escenas de aquella ilustre viuda. La historia de Judith está pintada en miniatura sobre un manuscrito del Vaticano, que se hace remontar hasta el siglo IX. Tambien está representada en una vidriera de la Santa-Capilla de Paris, y aunque faltan en el dia algunos trozos, se le veia entera en otro tiempo. Tambien es conocida una pintura sobre madera, del siglo XV, que presenta á Judith saliendo de la tienda de Holofernes y llevando consigo la cabeza del general asirio; y esta misma trágica escena es la escogida con preferencia por los grandes artistas. Miguel Angel, con toda la facundia y fuerza de su fantasia, tomó el momento en que la heroína, habiendo puesto sobre un plato la cabeza de Holofernes cubierta con un lienzo, la entrega á su criada, y figurándose despues que el enemigo respira aún, arroja con espanto la última mirada sobre el cadáver para asegurarse que ya no vive. En Rafael, Judith pertenece al carácter sublime: mantiénese en pié, apoyada sobre su espada, y hollando la cabeza de Holofernes. En el Dominiquino ostenta la cabeza que acaba de tronchar. En el Guido levanta la mirada hácia el cielo con un admirable sentimiento: en Cárlos Maratte, tiene en sus manos la cabeza cortada y mira gotear la sangre: su figura es soberbia en movimiento y en expresion. Rubens ha reproducido dos veces este asunto en composiciones llenas de energia y magnificas de colorido. Por fin, en nuestros dias Horacio Vernet, cuyo talento es tan conocido, ha pintado á Judith en un cuadro notable, y en una actitud tan nueva como interesante. Judith mira á su victima con un valor mezclado de espanto, y se prepara á levantar el sable que ha de cortar la cabeza de Holofernes. Esta bella página del arte contemporáneo adorna al presente el museo de Luxemburgo, y de ella son tomadas seguramente la mayor parte de las láminas de Judith que decoran nuestros libros biblicos.

Entre las varias composiciones poéticas que la historia de la célebre heroína de Betulia ha inspirado á nuestros ingenios, citaremos únicamente el siguiente soneto de Lope de Vega, que uno de nuestros mas distinguidos literatos cita como modelo en el *genero descriptivo*, añadiendo en su leugio que un pintor no pudiera hacer mas.

Por nuestra parte no creemos que no adolezca de algun defecto, y sobre todo lo reminiscencia de Baco, atendida la majestad del cuadro, no nos parece la mas digna ni oportuna.

Judith.

Coelga sangriento de la cama al suelo

El hombro diestro del feroz tirano,

Que opuesto al muro de Betulia en vano

Despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ánsia el rojo velo

Del pabellon á la siniestra mano,

Descubre el espectáculo inhumano

Del tronco horrible convertido en hielo.

Vertido Baco el fuerte arnés afea,

Los vasos y la mesa derribada,

Duermen las guardas que tan mal empiea:

Y sobre la muralla coronada

Del pueblo de Israél, la casta hebrea

Con la cabeza resplandece armada.

